

mana. Dió el Sumo Pontífice á este prelado las reglas siguientes (1): „reunireis, le dice, de acuerdo con el duque de la provincia, una asamblea de los principales de la nacion; examinareis los sacerdotes y los otros clérigos, y dejareis la facultad de celebrar, de officiar y de asistir al sacrificio á aquellos cuya fe hallareis pura y la ordenacion canónica. En cuanto á los ministros equívocos, les prohibireis toda funcion, y colocareis en su lugar hombres experimentados á quienes impondreis la obligacion de observar las tradiciones romanas. Cuidareis de que en cada iglesia se celebre la misa y los officios del dia y de la noche con las oraciones de la Escritura. Nombrareis obispos guardando el respeto debido á la jurisdiccion de cada duque, y teniendo presente la distancia de los lugares; y ordenareis con igual atencion las dependencias de cada silla. Si hubiere tres, cuatro ó mas, reservareis la principal para un arzobispo. Habiendo reunido tres obispos, ordenareis otros mediante la facultad que la Sede apostólica os ha confiado. Para la dignidad de metropolitano si hallareis un sugeto digno, nos lo enviareis con carta vuestra, ó le acompañareis en persona. Si no hubiese alguno que sea capáz, nos lo comunicareis para enviaros otro de aquí: despues de haber instruido á estos nuevos obispos acerca de las irregularidades, les encargareis que no celebren órdenes ilícitas, ni lo verifiquen fuera de los tiempos señalados; que velen sobre la conservacion y administracion de los

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1452.*

bienes de la iglesia, y que eviten de dividirlos en las cuatro partes acostumbradas.”

Esta es la parte esencial de la instruccion pontificia con respecto al régimen eclesiástico. No comprende lo restante mas que los cánones con frecuencia repetidos en otras partes, y las prohibiciones de las prácticas supersticiosas como los sortilegios y maleficios, muy comunes entre los pueblos germánicos.

41. Tenia la Baviera ya dos obispos ilustres, á saber, Roberto ó Ruperto de Salzburgo como le llaman los alemanes, y Corbiniano de Frisinga. Uno y otro eran franceses: este natural de Chartres cerca de París, y aquel de la misma sangre de los Reyes de Francia. Alentados ambos por un celo digno de su origen, se habian dedicado á la conversion de los bárbaros, quienes por la debilidad del gobierno recayeron en la idolatría. Logró Roberto el obispado de Worms, en donde consiguió la mayor reputacion (1). Envióle diputados Teodon, duque de Baviera, pidiéndole ministros que dilatasen la luz evangélica por sus dominios. Remitió el prelado al momento á algunos de sus discipulos, y despues fue en persona. Escuchóle Teodon con docilidad, y recibió el bautismo con muchos vasallos suyos tanto de la nobleza como del pueblo, ya porque fuese idólatra, ó ya porque hubiese caido en alguna heregía, tal como la secta de los fotinianos que habia mudado la forma del bautismo.

Recorrió el santo obispo toda la provincia con-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. pag. 339.*

vertido el Soberano; bajó por el Danubio hasta las fronteras de la baja Pannonia predicando con mucho fruto, levantando y consagrando iglesias, y devolviendo á la Religion su antigua pureza y esplendor. Estableció su silla episcopal en el pueblo antiguo de Juvare, que es en el dia de hoy la ciudad de Saltzbourgo, en donde levantó un templo magnífico en honor de San Pedro con un monasterio y celdas para los monges; es decir, que destinó un clero regular para celebrar diariamente el oficio divino. Abundando la mies cada dia mas y mas, regresó á su patria para buscar nuevos operarios, y trajo doce con su sobrina Erentrudis, que se habia consagrado á Dios. Levantó para ella un monasterio en una montaña vecina que tomó el título de su nombre, y se llamó Nonneberg, instituyéndola su primera abadesa. Ofrece toda la vida del santo obispo una serie perfecta de trabajos y frutos apostólicos. Nombraron para prolongarlos despues de su muerte un sucesor capaz de conservar su obra. La prohibicion canónica de elegirse sucesor no tenia lugar en estas iglesias poco interesantes á la codicia, y cuyos primeros titulares estaban por otra parte autorizados por la santa Sede para tomar todas las precauciones que reputasen necesarias á la seguridad de la Religion.

Consagróse de todo punto á Dios San Corbiniano desde su juventud, y luego se retiró con sus domésticos cerca de la iglesia de San German de Chartres, en el dia Arpajon, donde existia un monasterio pe-

(1) *Ibid. tom. 5. pag. 500.*

queño. Concurrieron á aquel sitio todos los comarcanos para aprender de sus egeмпlos é instruirse con sus consejos. Muy en breve practicaron lo mismo los varones mas distinguidos, y Pipino, gefe del palacio, se encomendó á sus oraciones. Presentábanle muchas dádivas y ofrendas; pero el austero penitente no admitia mas que lo necesario para la conservacion de una vida cuasi independiente de los sentidos, y repartia el resto á los pobres. Temia de continuo que su fama y las visitas y presentes que le atraía, le ocasionasen la pérdida de su alma. Partió á Roma despues de catorce años de retiro, á desahogar en el corazon del Padre comun de los fieles las inquietudes de su conciencia. Descubrió el Papa no sin admiracion todos los tesoros ocultos en una alma tan ventajosamente prevenida de la gracia. Opinó que interesaba al bien de la Iglesia sacarle de la obscuridad, y despues de haber discurrido con su concilio tanto sobre la necesidad de las Galias abismadas en una relajacion deplorable por las desgracias del tiempo, cuanto sobre el mérito del varon apostólico que con tanta oportunidad le presentaba la Providencia, le nombró obispo con silla particular, pero con el palio, y facultándole para evangelizar en todo el mundo. Corbiniano se sometió, aunque con mucha repugnancia, y volvió á predicar en varias provincias de la Francia, en donde recogió copiosos frutos, no menos entre los eclesiásticos y mônges que entre el pueblo. Mas su humildad se alarmó de nuevo y mas que nunca á vista de la veneracion pública hácia su per-

sona, que se aumentaba de dia en dia. En vano se retiró á su antiguo monasterio de Chartres; porque cuanto mas huia de la gloria, tanto mas le perseguia esta. Acordó volver á Roma para lograr del Papa la dispensa de las funciones del obispado, y el permiso de vivir del trabajo de sus manos bajo la direccion de un superior en alguna soledad oculta. Huyó el camino ordinario para hacerse menos visible, y emprendió su viage por Alemania. Su corazon sensible é inflamado de la caridad apostólica, no pudo menos al llegar á Baviera de tomar interés en socorrer la necesidad de instruccion que tenia aquel pueblo recién convertido. Miráronle el duque Teodon y toda su nobleza en el primer fervor de su conversion como un ángel descendido del cielo para dar la última mano á la obra de Dios. Permaneció algun tiempo entre ellos para asegurar sus buenos sentimientos, y emprendió en seguida el camino de Roma. Visitó tambien Teodon el sepulcro de los Santos Apóstoles, siendo el primero de su nacion que hizo esta peregrinacion religiosa; pero espiró poco tiempo despues.

Cuando Corbiniano llegó á Roma, se arrojó segunda vez á los pies del Sumo Pontífice, le rogó con lágrimas que le relevase del peso insoportable con que la santa Sede le habia cargado, y le consintiese en fin encerrarse en un monasterio donde pudiese vivir desconocido de todos, ó le señalase á lo menos una porcion de tierra inculta y desierta para desmontarla y cultivarla. El Papa se enterneció al ver una humildad tan sincera como espresiva; sin embargo,

no osó resolver por sí mismo. Reunió todo el concilio, y acordaron unánimemente que siendo Corbiniano por su humildad profunda tanto mas digno del santo ministerio, quanto él se creía mas indigno de obtenerle, debia seguir con docilidad en el egercicio de sus funciones. El Pontífice le llamó para imponerle personalmente sobre la resolucion que se habia tomado: el Santo se manifestó sin consuelo, pero persuadido ya de la voluntad de Dios salió de Roma y tomó el camino de Baviera.

Entretanto el duque Grimoaldo, hijo de Teodon, tenia guardas en las fronteras para no permitir el paso á Corbiniano hasta que ofreciese ir á visitarle. Fue necesario que el obispo viniése á bien y condescendiese con sus deseos; mas lo verificó como apóstol y santo. Declaró al llegar á palacio que no se dejaria ver del duque si no renunciaba su matrimonio incestuoso, abandonando á su muger Piltrudis, viuda de su hermano. Deliberaron y difirieron la resolucion por espacio de cuarenta dias. Los culpados no podian resolverse á una separacion: el varon apostólico instaba para reducirlos á la penitencia, y mostró una firmeza siempre entera é inflexible en su negativa. Venciéronse los dos esposos á sí mismos al cabo de dos semanas enteras, y poseidos del dolor de sus pecados los confesaron á los pies del Santo, abrazándole y vertiendo copiosas lágrimas. Púsoles las manos en la cabeza, hizo en ella la señal de la cruz, y les encargó limosnas, oraciones y ayunos. Al punto entró en el palacio y comió con los duques. Estableció

su silla en Frisinga, donde la muerte puso fin á sus dias doce años despues, es decir, el de 730. Habia establecido monges para celebrar los officios divinos en la catedral.

42. Este era el medio mas comun y el mas conveniente en efecto para conservar la piedad y la ciencia de la Religion entre los nuevos Soberanos de los vastos paises en que se dividia el imperio. Salieron de estos monasterios los doctores, los pastores de los pueblos, los conservadores de las costumbres y de la Religion. Ya se ha visto cuantos varones escelentes produjeron estos piadosos y sabios asilos solo en las islas británicas, las cuales nunca mejor que entonces merecieron el nombre de tierra de los santos. Despues de los Columbanos, Wilfridos, Ceolfridos, Benitos Biscops, y Bonifacios apareció Beda, llamado el Venerable por escelencia entre los monges mas santos, á quienes por lo regular se daba este nombre (1). Nació en el año 673, en el pais de Nortumberland en los confines de la Escocia: y contando siete años le pusieron sus padres en el monasterio de Viremouth, gobernado por San Benito Biscop. Allí aprendió los primeros elementos de la educacion, y pasó bajo la direccion de San Ceolfrido á Jarou, donde vivió el resto de sus dias. Toda su vida fue una alternativa de estudio, de meditacion de las santas Escrituras y de egercicios monásticos; es decir, el canto de los salmos y el trabajo de manos del que á nadie se exceptuaba en aquel monasterio. Apre-

(1) *Ibid.* tom. 4. pag. 358. et seq.

dió las lenguas griega y latina, la versificacion, el arte del canto entonces muy apreciado y las ciencias abstractas. Ordenóse de diácono por efecto de una dispensa digna de su mérito á los diez y nueve años, no obstante que los cánones exigian veinticinco. Recibió á los treinta el sacerdocio por pura obediencia á su abad.

Al punto que le ordenaron sacerdote se dedicó en particular á anotar la sagrada Escritura. Las muchas personas distinguidas que le empeñaron á emprender la mayor parte de sus obras, prueban el grande aprecio en que le tenian. Despues de haber interpretado las epístolas de San Juan y el Apocalipsis, que consagró á Huberto, abad de Jarou, pasó á interpretar los hechos de los Apóstoles por órden de Acca su obispo. Esplicó el Evangelio de San Lucas y las treinta cuestiones sobre los libros de los Reyes á peticion de Pedro Northelmo, que llegó á ser arzobispo de Cantorberi. Unió á esto un comentario sobre el libro de Samuel ó el primero de los Reyes: esplicó luego el Evangelio de San Marcos, las epístolas de San Pablo, todas las epístolas llamadas canónicas y la mayor parte de los libros santos: obras sólidas, no solo fundadas en la tradicion, sino recogidas cuasi todas con un trabajo admirable de los escritos de los padres, y en particular de San Agustin.

Le instó á que emprendiese la historia de la Iglesia de Inglaterra el abad Albino, discípulo de San Teodoro de Cantorberi, el cual instruido á fondo de lo concerniente á la iglesia primitiva de Inglaterra

y de todos los países vecinos, facilitó al escritor excelentes documentos. Registró en los archivos romanos las cartas originales de San Gregorio y de otros Papas, á fin de que no careciese de cosa alguna la comprobacion de la verdad mas exacta. Suministró el sabio Daniel, obispo de Vinchester, los conocimientos útiles con respecto á las iglesias de Sussex y de Ouessex; es decir, de las provincias occidentales y meridionales y de la isla de Wicht. Los obispos Ceddi y Ceada, el abad Eli y los monges de Lestington, participaron las noticias tocantes á los ingleses orientales y á los mercieneses. Para la historia de los ingleses del norte ó de Nortumberland, que era el país del historiador, sabia él bastante, y consultó á mas con una multitud de sabios, principalmente con los monges de Lindisfarne. Procedian entonces con esta madurez los doctos ingleses en la averiguacion de la verdad que intentaban presentar al público. Consagró Beda su historia al Rey Ceodulfo, y la dividió en cinco libros. El primero principia desde la entrada de Julio César en la Gran Bretaña, y llega hasta la muerte de San Gregorio el grande; por donde se observa que el historiador no se concreta á las cosas de la Religion, aunque estas formen su objeto principal. Contienen los otros cuatro libros lo que aconteció desde San Gregorio hasta el tiempo en que escribía el autor. Hemos sacado de esta rica fuente lo que nos ha parecido mas digno de atencion en esta parte edificante de la historia eclesiástica de Inglaterra.

Beda unió á esta historia un compendio cronológico, que declara las fechas de los principales acontecimientos y concluye como ella en el año 731; lo demás se añadió despues. Compuso en particular la historia del doble monasterio de Viremouth y Jarou, con el título de la vida de sus cinco primeros abades, de donde hemos adquirido las circunstancias bastante particulares de los últimos tiempos de San Ceolfrido.

Viendo este abad célebre, que su edad avanzada no le permitia ya instruir por sí mismo á sus muchos discípulos, ni asistir con frecuencia segun su costumbre á todos los ejercicios regulares; despues de haber reflexionado con prudencia, creyó que interesaba á la gloria de Dios hacer nombrar otro superior. Permaneciendo en su vigor entre los ingleses la aficion á las peregrinaciones, formó la resolucion de ir á acabar sus días á Roma, adonde en su juventud habia acompañado á su maestró San Benito Biscop. Sus religiosos, tanto por la ternura de su afecto y por lo que sentian perder de vista á este digno padre, quanto por la inquietud que les causaba un viage tan largo, emprendido á los setenta y cuatro años, hicieron los mayores esfuerzos para detenerle, llorando y abrazándole las rodillas. Estos sentimientos no hicieron mas que avivar sus deseos de partir, temiendo que los señores del país, en donde era universalmente querido, viniesen á reunirse con sus súbditos y le detuviesen por fuerza. Con esta mira á los tres dias de haber manifestado su desig-

nio, procedió á la egecucion del viage. Juntáronse muy de mañana en la iglesia, se celebró el santo sacrificio de la misa, comulgaron todos los asistentes, y subiendo despues el santo anciano á las gradas del altar, con un incensario en la mano, los exhortó á que procurasen exhalar constantemente el buen olor de Jesucristo, y les dió la paz. Luego cantaron las letanías, que fueron interrumpidas muchas veces con sollozos de los hermanos congregados en número de seiseientos de las dos casas de Viremouth y de Jarrou, entraron en una capilla doméstica en que se despidieron para siempre. Le acompañaron hasta las orillas del rio con cruz y ciriales encendidos que llevaban los diáconos, se hincaron de rodillas, y estuvo un rato en oracion; empezaron con mas fuerza que nunca los llantos y gemidos, y se apresuró á partir con aquellos que habia escogido para que le acompañasen en el camino. Todos los demás entraron en el monasterio: eligieron desde luego unánimemente por abad al monge Huberto, el cual corrió inmediatamente á ver á San Ceolfrido, y sujetó enteramente la eleccion á su dictámen. No solamente la confirmó el Santo, sino que haciendo el primer acto de sumision á la autoridad del nuevo abad, recibió de él una especie de carta testimonial ó comendaticia para el Sumo Pontífice. Mas pasando por Francia, cayó enfermo, y murió en Langres el viernes 26 de Setiembre del año 716.

43. Beda nos enseña (1), que en este mismo año

(1) *Lib. 5. hist. cap. 23.*

los monges irlandeses de la isla de Hi dejaron al fin la singularidad de sus usos, cediendo á las persuasiones de San Egberto, inglés de nacion, y descendiente de familia ilustre, el cual abrazó la vida monástica en Irlanda, y luego llegó á ser arzobispo de York. Habiendo pasado á visitar á los monges de Hi, fue recibido con el honor debido á su nacimiento, y mucho mas á su capacidad y virtud. Se aprovechó del crédito que tenia para inclinar á aquellos buenos solitarios á que abandonasen en fin los usos que les daban cierta apariencia de cisma, tanto por lo tocante á la tonsura, quanto por lo respectivo á la celebración de la Pascua. De este modo la iglesia británica renunció enteramente una temeridad caprichosa, que manchó por tanto tiempo las mas relevantes virtudes.

44. En el año tercero del obispado de Egberto, recibió este prelado del venerable Beda una larga carta en forma de instruccion, que es un monumento precioso de la tradicion y de las costumbres antiguas de la iglesia británica. Habiendo pasado el piadoso doctor el año antecedente á dar sus instrucciones por espacio de algunos dias al monasterio de York, quedó el obispo tan prendado de él, que le convidó á volver quanto antes, para continuar ayudándole con su doctrina y sus luces. Impedido el doctor por una enfermedad de la cual murió, á lo que se presume le escribió con aquel estilo de que puede hacer uso un Santo próximo á morir cuando escribe á otro Santo.

„Ante todas cosas, dice (1), evitad las conversaciones profanas y aplicaos segun vuestro estado á la meditacion de las divinas Escrituras, principalmente de las epístolas de San Pablo á Timotéo y á Tito, de la pastoral de San Gregorio y de sus homilias sobre los Evangelios. Si es sacrilegio emplear los vasos sagrados en los usos comunes de la vida, no lo es menos entregarse al salir de la iglesia á palabras y acciones indignas del sagrado carácter episcopal. No hagais, pues, lo que ciertos obispos á quienes solo se les ve acompañados de gentes divertidas y lisonjeras: procurad llevar siempre en vuestra compañía personas capaces de ayúdaros á sostener el peso terrible de vuestra dignidad, y á preservaros de las caidas profundas. Respecto á que vuestra diócesi es tan grande que no podeis visitarla toda en el discurso del año, estableced sacerdotes en cada lugar para que instruyan al pueblo y administren los sacramentos. Encargadles sobre todo que tengan cuidado de que los fieles sepan de memoria á lo menos el símbolo y la oracion dominical, y que los que no entiendan el latin, aprendan estas cosas en su propia lengua, ya sean legos ó eclesiásticos; pues á este fin las he traducido en inglés.”

„Dicen, prosigue Beda, que hay muchos lugares inaccesibles en las montañas de nuestra nacion, en los cuales no se ha visto jamás obispo que ejerza sus funciones; ni ministro que instruya de su parte. ¿Por ventura alguno de estos lugares está tan estra-

(1) *Lib. Epist. pag. 56. edit. Paris. ann. 1666.*

viado que quede por esta razon esento del tributo á su prelado? Así pues, lejos de dar graciosamente, segun el precepto de Jesucristo, lo que graciosamente se ha recibido, se recibe sin dar cosa alguna lo que él ha prohibido tomar por via de recompensa. El mejor medio de remediar todos los desórdenes, es aumentar los obispos. Así el Papa San Gregorio escribiendo al arzobispo Agustin mandó instituir doce obispos de los cuales el de York fuese el metropolitano. Nada podreis hacer mejor que poner en egecucion este designio, al cual accederá voluntariamente nuestro Príncipe el Rey Ceodulfo. Si por las donaciones inconsideradas de los Reyes precedentes no fuese fácil hallar lugares proporcionados para este número de sillas, podrá tomarse á este efecto algun monasterio, y para obviar reclamaciones de los monges se les permitirá nombrar el obispo, bien haya de residir en el monasterio, ó en el territorio destinado para la nueva diócesi.”

„Lo que mas os debe empeñar á tomar este partido, es el número infinito de lugares que tan impropiamente tienen el nombre de monasterios, pues no hay en ellos observancia monástica. Vos sabeis tan bien como yo, que de mas de treinta años á esta parte muchos mundanos sin esperiencia ni celo de la vida regular han obtenido de los Soberanos con pretesto de fundaciones religiosas varias posesiones que han procurado asegurar á sus herederos. Allí viven con plena libertad y frecuentemente con suma licencia en compañía de sus mugeres é hijos, satisfechos